
 ALVARO CASTILLO GRANADA

Neruda en Colombia

De la Salutación de *El Siglo* a los Sonetos Punitivos



Estaba anunciado: la visita de Pablo Neruda a Colombia no iba a pasar desapercibida. No podía serlo. El poeta y el mundo ya no eran los mismos. ¿Qué se conocía de Neruda en Colombia? ¿Cómo se leía? Sus libros habían empezado a llegar hacia los años treinta (recordemos que en 1924 Neruda ya era famoso: había publicado los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*). Hasta ese entonces era el poeta del amor, el que había sido capaz de expresar lo que latía en el corazón de todos los amantes, con unas palabras tan sencillas, claras y limpias, que cualquiera podía sentirse dueño de ellas, aludido por ellas. *Farewell*: “Amo el amor de los marineros / que besan y se van. / Dejan una promesa. / No vuelven nunca más”; el “Poema 15”: “Me gustas cuando callas porque estás como ausente, / y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca. / Parece que los ojos se te hubieran volado / y parece que un beso te cerrara la boca”;

el “Poema 20”: “Puedo escribir los versos más tristes esta noche. / Escribir, por ejemplo: “La noche está estrellada, / y tiritan, azules, los astros, a lo lejos”; y “Walking around”: “Sucede que me canso de ser hombre. / Sucede que entro en las sastrerías y en los cines / marchito, impenetrable, como un cisne de fieltro / navegando en un agua de origen y ceniza”, hacían parte del repertorio de cualquier galán o Don Juan. Los recitadores profesionales como Berta Singerman o Víctor Mallarino los incluían en aquellas funciones donde la poesía declamada llenaba teatros y plazas. Después, hacia 1936, fue la tormenta. Otro Neruda había nacido. Ahora era el testigo extrañado y desolado de un mundo que no comprendía y no lo esperaba, era el hombre que se enfrentaba ante la destrucción de la naturaleza, la presencia de la muerte, el vacío de la existencia en *Residencia en la tierra*. Este libro cambió para siempre la poesía en lengua española. Desde ese momento, tomando prestado aquel verso del “Poema 20” que es, en sí, un poema: “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”. Una nueva voz había llegado. En “Barcarola” nos dice: “Quieres ser el fantasma que sople, solitario, / cerca del mar su estéril, triste instrumento? / Si solamente llamaras, / su prolongado son, su maléfico pito, / su orden de olas heridas, / alguien vendría acaso, / alguien vendría, / desde las cimas de las islas, desde el fondo rojo del mar, / alguien vendría, alguien vendría”. Atrás quedaban el romanticismo y el modernismo tardíos que aún cultivaban algunos de nuestros poetas. El paradigma ya no era Guillermo Valencia. Una nueva estética entró en nuestra tierra. Los piedracielistas, los discípulos de Juan Ramón Jiménez—quien dijera que Neruda lo llamaba en Madrid a altas horas de la noche a insultarlo y en su libro *Españoles de tres mundos* lo definiera como “(...) un gran mal poeta, un gran poeta de la desorganización. (...) que no acaba de comprender ni emplear sus dotes naturales. (...) un torpe traductor de sí mismo y de los otros, un pobre explotador de sus filones propios y ajenos, que a veces confunde el original con la traducción; que no [sabe] completamente su idioma ni el idioma de que traduce. (...) Por eso cuanto escribe, bueno y malo, tiene una evidente aparición sucesiva con las fallas de lo ignorado”—, los piedracelistas, decimos, tomaron prestada su voz para intentar encontrar una propia y algunos se convirtieron en sus seguidores e imitadores apasionados, “los nerudistas”: Jorge Rojas y Arturo Camacho Ramírez, por ejemplo. Después de la terrible experiencia de la guerra civil española, de la traición al gobierno de la república, del baño de sangre que dividió al pueblo en dos bandos irreconciliables, de la práctica indiferencia absoluta de las naciones del mundo ante el desigual combate, de la muerte

y exilio de sus amigos, su voz, su poesía cambió: nació un tercer Pablo Neruda. Ante la inminente arremetida del fascismo en el mundo (España fue apenas el campo de prueba, el campo de entrenamiento para lo que vendría después) sólo había dos opciones: con él o contra él. Y los intelectuales no podían permanecer ajenos a ello. No lo hicieron. Es en la guerra de España cuando el compromiso político de Pablo Neruda se define, toma partido. Escribe uno de los libros más desgarradores y entrañables sobre este drama: *España en el corazón* (junto a *España aparta de mi este cáliz*, de César Vallejo, los dos testimonios poéticos más altos de esta toma de conciencia). A partir de *Explico algunas cosas* Neruda ya no es, ya no puede ser, el mismo: “Preguntaréis por qué su poesía / no nos habla del sueño, de las hojas, / de los grandes volcanes de su país natal? / Venid a ver la sangre por las calles, / venid a ver / la sangre por las calles, / venid a ver la sangre / por las calles!”. Muchos años después escribió en *Confieso que he vivido*: “A las primeras balas que atravesaron las guitarras de España, cuando en vez de sonidos salieron de ellas borbotones de sangre, mi poesía se detiene como un fantasma en medio de las calles de la angustia humana y comienza a subir por ella una corriente de raíces y de sangre. Desde entonces mi camino se junta con el camino de todos. Y de pronto veo que desde el sur de la soledad he ido hacia el norte que es el pueblo, el pueblo al cual mi humilde poesía quisiera servir de espada y de pañuelo, para secar el sudor de sus grandes dolores y para darle un arma en la lucha del pan”. En 1939 es nombrado cónsul para la emigración española. Organiza entonces, en compañía de su segunda esposa, Delia del Carril –“La hormiguita”–, el rescate de miles de refugiados republicanos españoles presos en los campos de concentración franceses en Argelia. Los embarca, en medio de un mar de dificultades, en el “Winnipeg”, uno de los últimos barcos que zarpó de Francia antes del estallido de la Segunda Guerra mundial. En agosto de 1940 es nombrado cónsul en México. Allí, al año siguiente, en diciembre, es atacado por un grupo de nazis en Cuernavaca. En medio de la agresión alemana a la Unión Soviética, en plena batalla de Stalingrado, escribe su primer canto de amor a esta ciudad. Su poesía se vuelve arma de lucha, voz de todos, panfleto. El espacio de la poesía ya no está solamente en los libros, la lectura y los recitales: su poesía sale a la calle en medio de los afiches que se pegan en las paredes. Y escribe después un segundo: “Guárdame un trozo de violenta espuma, / guárdame un rifle, guárdame un arado, / y que lo pongan en mi sepultura / con una espiga roja de tu estado, / para que sepan, si hay alguna duda, / que he muerto amándote y que me has amado, / y si no

he combatido en tu cintura / dejo en tu honor esta granada oscura, / este canto de amor a Stalingrado”. Este es el poeta que ha ido haciéndose, que se ha hecho, el que está encontrando que la patria es América, el que sin aún saberlo, tanteando y observando su Chile natal, está escribiendo la gran epopeya de nuestro continente, el *Canto general*. Es el poeta que llega a Cali el 6 de septiembre de 1943, procedente de México y Panamá.

Todo anunciaba la tormenta que se avecinaba. El 28 de agosto de ese año Juan Timoneda, más conocido como Laureano Gómez, publicó en el diario *El Siglo* un artículo titulado “Pablo Neruda. Un bromista”. Después de recordarle a sus lectores que su verdadero nombre (¿el de quién? ¿el del niño que escribía poemas y artículos, con entusiasmo y perseverancia, en Temuco, un olvidado pueblo del sur de Chile?, ¿el del poeta que encuentra en medio de sus lecturas un apellido que no se parece al de nadie, que le pertenece a un escritor checo que escribe cuentos y lo hace suyo para ser otro y convertirse en él?) es Neftalí Ricardo Reyes Basualdo (su segundo apellido era Basoalto), se dedica, lanza y pluma en ristre, a intentar demostrar, en medio de ironías, sutilezas y descontextualizaciones, que el poeta no es un poeta. Aquí están algunas de ellas: “(...) La formación del señor Reyes Basualdo no es fundamental en nada de lo que atañe a las normas mentales, a las que regulan el complejo de los sentimientos, ni el campo de la creación estética. Sus fallas son notorias y persistentes en el terreno de la lógica y en el del buen gusto. No se encuentran cincuenta renglones sucesivos sin que defectos de ambas categorías puedan ser anotados. (...) Neruda, que es a no dudarlo un humorista –lo que los franceses llamarían un “fumiste”– deja correr un poco de su facilidad natural y, perezoso del trabajo que requeriría la elaboración posterior para llegar a una forma artística aceptable, echa por el atajo de una pretendida novedad; con auxilio de trucos elementales, se desentiende de cuanto pudiera significarle esfuerzo o fatiga. (...) A través de los escritos sucesivos de Neruda se nota una evolución de acomodamiento y ajuste. Su papel burlón, su payasada literaria, después de los tanteos iniciales, adquirió precisiones y se revistió de audacias crecientes. Dijérase un Arlequín de renglón corto que a los primeros aplausos y aspavientos –unos y otros igualmente buenos para romper el anonimato– insiste en la nota que originó el barullo. Juan Ramón Jiménez ha dicho que Pablo Neruda “es un gran mal poeta, un gran poeta de la desorganización”. Concepto excesivo que no se expresa sino cuando se ha caído dentro de la masa y se quiere disimular o disculpar la imprudente entrada por la traidora y atrayente bocacha del artificio pescador. El señor Neruda es un estupendo bromista, nada más que

un burlón consumado, ni tardo ni perezoso para tomarle el pelo al prójimo que se lo permita. (...) Y en ese concepto, bienvenido, otra vez, a esta tierra el señor Neruda. Su temperamento bromista le ha hecho adivinar que su visita determinará aquí un recrudescimiento del “nerudismo”: en lo que no se equivoca. Para que la prueba sea perfecta, él conservará su aire magistral y doctoral, su gesto mayestático de jefe de escuela, su postura de pontífice y definidor de la nueva capilla. Su risa interna será tanto más copiosa cuanto mayor sea el número de neófitos pescados para la secta literaria. Este número será inmenso y puede resultar indefinido, por la indiscutible facilidad de proveerse de “tensiones amarillas, cáscaras de cadáveres, verdes olores de sastrerías y de zapaterías, cielos agujereando un beso” y demás badomías similares”.

En la otra orilla, lo que en *El Siglo* llamaban “El predio del vecino”, Próspero Morales Pradilla (el conocido periodista que se haría famoso años después con las historias de *Los pecados de Inés Hinojosa*) escribió en su “Mirador”: “Hay una doble reacción de edades y de sentimientos contra la personalidad de Pablo Neruda, poeta de sangre joven y hombre de lucha abierta. Pablo Neruda es un símbolo, una referencia, una bandera desplegada, que golpea sobre las murallas de todo lo viejo, de todo lo anticuado, de todo lo que no vibra al ritmo de la época. En un afán descomedido de ser lógicos —como si la vida fuera lógica— y de medir las palabras en las páginas de los diccionarios, los enemigos de Pablo Neruda hacen gala de puritanismo fonético, para esquivar el significado de ciertas frases suyas, que no se entregan al primer lector, sino a la persona que las capta en el subconsciente y las recibe en mitad de su propio sentimiento, sin contar las sílabas ni estudiar las definiciones. Los primeros adversarios de Neruda fueron precisamente sus antecesores en la lírica, que habían circunscrito el concepto poético de la literatura a una serie de versos perfectamente medidos y cuya claridad enciclopédica llegaba primero al cerebro que al corazón. Estos mismos ancianos, que respiraron gozosos cuando cayó García Lorca, reían de incompreensión ante las frases subconscientes de Neruda y echaban a vuelo sus burlas al leer, por ejemplo: “Como un naufragio hacia adentro nos morimos, como ahogarnos en el corazón, como irnos cayendo desde la piel al alma”. Para ellos era absurdo que la muerte fuera descrita diciendo que la piel se cae en el alma, es decir, anotando una transformación de la materia en espíritu. No eran versos que se entregaran directamente; había necesidad de palparlos en la sangre y ellos sólo leían con el entendimiento. Enemigos, tan gratuitos como los primeros, han sido los reaccionarios de

todos los partidos, que observan en los poemas de Neruda una peligrosa manía revolucionaria. Especialmente en los últimos años, a partir de “España en el Corazón”, el número de antinerudistas se ha multiplicado en el campo ideológico, y es natural: falangista que se respete no puede simpatizar con un poeta que cantó a Federico García, habla del Stalingrado heroico y tiene correspondencia con Ilya Ehrenburg. Otros siguen la trayectoria del Neruda pasional de “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”, para cerrarle el paso al Neruda social, libre, guerrillero y contemporáneo, de sus últimas obras, cuando ha dejado el “Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos”, para empuñar toda la fuerza de su lírica en la gloria de los héroes muertos ante los tanques nazi-fascistas. Son las personas cuyo sentimiento no puede ir más allá de los romances individuales, incapaces de abarcar el horizonte para una lucha total. Pero, en cambio, cuenta en América y en el mundo libre, entre los jóvenes de habla española y entre los viejos de sangre moza, con millares de admiradores sinceros, de muchedumbres que sienten y comprenden la existencia de “Paredes mordidas por los días del invierno”, la manera como “El aire muerde los rostros” y en qué forma el viejo joven “desencuaderna su dolor notorio por mi canto de amor a Stalingrado”. Que la cordial bienvenida a Pablo Neruda, con los reaccionarios vueltos de espalda, signifique cómo las últimas generaciones colombianas, igual a sus compañeros de todo el continente, aprecian y admiran al poeta que “ve cada cosa del mundo en una disgregación incontenible”, según lo explica su paisano Amado Alonso”.

Los bandos estaban formados. Las posiciones listas. Faltaba esperar la gota que rebosara la copa.

Neruda fue invitado a Colombia por el entonces presidente Alfonso López Pumarejo. Darío Achury Valenzuela, director del Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional, le había programado varias conferencias en el Teatro de Colón. En un recital improvisado en el Teatro Municipal de Cali, después de leer una hermosa página sobre *María* de Jorge Isaacs, Neruda, ante la obvia petición del público, quiso recitar de memoria el “Poema 20”, “con su voz de monótonas resonancias”, como recordaba Alfonso Bonilla Naar, pero por su incapacidad para memorizar sus poemas falló en el cuarto o quinto verso. Todo el auditorio, en coro, continuó: “Puedo escribir los versos más tristes esta noche. / Yo la quise, y a veces ella también me quiso. / En las noches como ésta la tuve entre mis brazos. / La besé tantas veces bajo el cielo infinito”. Al llegar al camerino tenía los ojos humedecidos por las lágrimas. Se había dado cuenta de que un país, un pueblo para él extraño, lo

había consagrado. Aterrizó en Bogotá el 9 de septiembre en el aeropuerto de Techo. Lo estaban esperando escritores de diversas generaciones y opiniones políticas. Allí estaban, entre otros, el cónsul de Chile Juan Guzmán Cruchaga, y los colombianos Jorge Zalamea, León de Greiff, José Umaña Bernal, Carlos Martín, Gerardo Valencia, Darío Samper, Víctor Mallarino, Jorge Regueros Peralta, Gilberto Vieira, Fernando Charry Lara, Pedro Gómez Valderrama, Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez, Eduardo Mendoza Varela, Jaime Posada, Daniel Arango y Roberto García-Peña. En medio de ellos, dos damas jóvenes también esperaban. La primera, Matilde Espinosa, con un ramo de rosas, se acercó a Neruda cuando éste descendió por la escalerilla acompañado de su esposa. Sorprendido, el poeta dijo con su voz nasal: “¿Qué hago con estas rosas?” Sesenta y un años después ella recuerda: “Yo me quedé tan desconcertada; claro, la gente joven se desconcierta. Un momento después pensé que había sido una idiota y que debí decirle : ‘Me gustas cuando callas porque estás como ausente / y me oyes desde lejos y mi voz no te toca’. En medio de todos, Neruda reconoció inmediatamente a Jorge Rojas: “¡No me lo nieguen que este es Jorge Rojas!”, exclamó. El parecido físico entre los dos poetas era asombroso. A la mañana siguiente, *El Siglo* lo saludó con este “soneto” de Cándido Bocio:

Salutación a don Neftalí

Don Pablo de Neruda “el hondero entusiasta”
que en un rato de risa se fingió literato,
de imágenes y rimas chancero iconoclasta
del reino de las musas, no viene en virreinato.

Orfebre de cimientos, con prontitud engasta
las “piedras” sobre “piedras” en oropel barato,
y en ráidos estuches, en pública subasta,
su verde cobre vende ganando con el trato.

Bien hace de los versos reír a carcajadas,
y a su lector ingenuo burlar con humoradas
fingiendo incomprendiones e impavidez escueta;

sólo risa produce el estro de Neruda:
¿qué puede ya esperarse de aquel que en prosa cruda,
“se cansó de ser hombre” y no llegó a poeta?

Se hospedó en el Hotel Granada (su habitación quedaba frente a la que ocupó siempre Gabriel Turbay). Esa noche Juan Guzmán Cruchaga ofreció una recepción. Allí estaban nuevamente todos los poetas. En un momento de la noche, obviamente –esos eran los tiempos–, la conversación se trasladó a la política. Eduardo Carranza (siempre hombre de derecha, simpatizante de las camisas negras) se retiró de la sala con Víctor Mallarino. En 1973 recordó: “Súbitamente sentí, a mi espalda, una poderosa presencia. Sentí dos grandes manos apoyadas sobre mis hombros. Y oí aquella voz milenaria, un poco salmodiante, venida de la tenebrosa entraña de la música, aquella voz que sabía ser tierna y colérica y que no se parecía a ninguna otra voz. Oí que la voz me decía: tú eres Eduardo Carranza. Hace tiempo somos amigos. Conozco y admiro lo que escribes. Conozco tu actitud política, tú conoces la mía. Desde este instante hacemos el solemne propósito de que la política nunca nos separe. (...) por lo demás no habrá lugar a ninguna divergencia ni a pleito alguno de riberanía, porque tú eres el poeta del aire y yo soy el poeta de la tierra”. El viernes 10, a las seis y media de la tarde, dictó su primera conferencia: “Viaje por las costas del mundo”. Lo presentó el poeta Darío Samper. Así la contó, nuevamente, Próspero Morales Pradilla, en *El Espectador*: “Con un tono de voz monocorde, que no gusta a los bogotanos, dictó anoche su primera conferencia Pablo Neruda. Una conferencia del hombre, del poeta y de la época. ‘Viaje alrededor de las costas del mundo’ es una mezcla de naturaleza y de humanidad, de conceptos grandes y de detalles mínimos. A través de esas páginas se descubre la vida íntima del mundo contemporáneo, desde la profundidad del océano hasta la gloria del heroísmo. Es un canto a la vida sencilla, a los seres agitados y al ‘río de la libertad’. Quienes han leído ‘La Historia de San Michele’ seguramente encontraron en la conferencia de Neruda una peregrinación, semejante a la de Axel Munthe por los caminos del dolor, de la sangre, de la simple humanidad y de los ojos abiertos. Es la aventura del hombre por las rutas ignotas y las costumbres primitivas, descrita con un exquisito lenguaje poético, donde caben la anécdota y el romance. (...)”

[...]

Suscripción

info@exopotamia.com

www.almargenonline.com